

CASTILLA

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

Director-Gerente: Santiago Camarasa.

LÍRICA DE OTOÑO

LUZ DE VENDIMIAS

Esta tierra de Castilla —la que se abre en paisajes anchos— tiene, entrado el otoño, claros destellos de serenidad. En una tarde limpia del Octubre, plácida y caliente, son en ella las cosas reales y deseadas transparencias de espejo. Salen todas de su cárcel secreta.

Puestos en este alcor, dominamos una amplia perspectiva. Aquí vienen a rendirnos halago las luces y los frutos. Son los tonos dorados; estelares, rientes, de la tarde clarísima. Son aromas de los zumos maduros. Es tarde de vendimias.

Estas horas sobredoradas que toman el color de los racimos, trabajan el corazón tan sutilmente, que brindamos en él a cada cosa una amistad ceñida. Y las cosas, agradecidas, nos devuelven una fuerte oleada de amor que ondula en nuestro seno como un eco sonoro.

La fragancia de estas horas eternizadas reblandece los ánimos. Gozamos sobre su blandura tibia y olorosa. Ante los ojos el cendal ambarino de este polvillo de oro. Oliendo el vaho de la tierra mollar que va abriendo la reja. En lejanía los gritos de las cuadrillas que suben por el aire vibrantes, venturosos. Y este sol que a todos preside rojea, cálida, la vida y su ritmo. Todo al compás de latidos isócronos. Todo a la luz de destellos serenos. Una serenidad que no da lugar a la vehemencia.

Allá, en el mundo antiguo—comprensor clásico de estas bellezas—estos esplendores luminosos se recogieron como un gran tesoro, agradable al espíritu. Los cinceles que expresan más bondad en su escultura dieron aire de vida al rostro de Sileno, preceptor de Baco.—Recordad el del Louvre en el que el niño, sostenido en sus brazos, juega sus dedos entre las barbas del viejo bondadoso.—Y el regocijado Anacreonte no pidió a Vulcano una armadura grabada en sus contornos con los astros o el Carro, o el triste Orión.—«¿Qué se me importa de las Pléyades ni del Boyero?»—dijo—, sino una copa, la más honda, ornada de verdes pámpanos y en la que se viera un lagar espumeante y en él al Amor y a Bátilo, con el riente Baco, pisando un dulce néctar.

Bañadas en esta luz de topacio, las doncellas se arrancaban en juegos sus coronas de anémonas azules, bajo bóvedas de verdura, pisando el oloroso eneldo que aromaba la imagen blanca y grácil de sus piernas desnudas

En todas estas ovaciones se ve irradiar suavemente, en lo alto, la luz de las vendimias.

Es la misma que Goya hizo vibrar en uno de sus cuadros.

Volvemos del campo por este amplio camino terroso que han trillado las menudas pisadas de un rebaño. Aquí cerca refleja una laguna las tintas de esta puesta otoñal que se esfuma. Las aguas quietas, oscuras, alegran su faz espejando tres álamos solitarios, de manchas amarillas, que viven en su borde. Aún en sus puntas besa dulcemente una luz de doradas saetas. Cerca de la laguna corre un niño hostigando unos patos; tropieza, y al caer ruedan por el suelo los membrillos que lleva en un cesto. Unas avispas oscilan su cuerpo anillado cerca del agua. Las gallinas que picotean la yerba jugosa, atemorizadas se recogen de espanto; el gallo lanza al aire un cacareo de alerta; por el cielo, avizorante, cruza el alcotán.

Al fondo, en el largo horizonte y poblando su calma, se intensifica el azul de la sierra salpicada de nieve en sus diaclasas, recamada de luz en sus áridas crestas. Extiéndese en su base la línea densa de los montes sombríos—encinas, pinos, tomillares, brezos—. Más cerca, en un calvero, la recortada silueta de unas cerceras. Manchas pedregosas de la tierra baldía. Complaciendo la vista, el verdor de los viñedos. Rellenándolo todo, el pardo buriel de la tierra en labor.

Y tocando unas nubes dilatadas por el cielo, resplandores fluctuantes que dejan paso a la noche serena y silenciosa.

Atemperados por los esplendores de la tarde caminamos en brazos de la imaginación, que vuela con las alas desplegadas. La quietud armoniosa de la noche envuelve el tosco dramatismo de la tierra; queda adormecido en su sosiego. La imaginación sigue su vuelo. Sobre ella caminamos. ¿Y éste nuestro regazo de Castilla? ¿Este seno de madre que guarda calor y alimento? Cálidamente vamos pensando en sus problemas. Meditando sus contrastes. Nuestros ojos preguntan al cielo estrellado, encarados con él. Y un dolor, seco y agrio, fluye inefable.

El corazón, amantísimamente, protesta airado, con violencia en sus latidos.... Ellos miden este otro compás infatigable que alejará de nosotros, tranquilo, indiferente, el otoño fecundo.

ANGEL LEDESMA